

## Aldo Ferrer (1927-2016)

Economista y político argentino nacido en 1927. Doctor en Ciencias Económicas recibido en la Universidad de Buenos Aires en 1953 con una tesis doctoral, *El Estado y el Desarrollo Económico*, publicada en 1956. Ha sido profesor de Economía en la Universidad Nacional de La Plata y durante largos años de la Universidad de Buenos Aires, en la que fue Profesor Emérito y Profesor Titular de Estructura Económica Argentina.

Funcionario de la Secretaría de las Naciones Unidas (1950-1953) y agregado económico de su país en la embajada de Londres en 1956, fue Ministro de Economía y Hacienda de la provincia de Buenos Aires (1958-1960) y primer Secretario Ejecutivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en 1967-1970. En este último año fue nombrado ministro de Obras y Servicios Públicos de la Nación y posteriormente Ministro de Economía y Trabajo durante la presidencia de Roberto Marcelo Levingston. En el ejercicio de dicho cargo elaboró un plan nacional de desarrollo e hizo frente a las difíciles circunstancias por las que atravesaba su país (déficit fiscal y exterior, e inflación) con una política económica industrialista (de "compre argentino") que no fue bien recibida por el *establishment* local. Posteriormente, con el restablecimiento de la democracia, presidió el Banco de la Provincia de Buenos Aires y la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Ha sido siempre uno de los economistas más activos en la denuncia de los efectos negativos de los fenómenos globalizadores sobre los países periféricos y de la ideología neoliberal que los justifica. Su obras principales, dentro de una abundante bibliografía son *La economía argentina* (un libro clásico, que inspiró a numerosas generaciones de economistas, especialistas en ciencias sociales, historiadores y políticos), *Historia de la globalización I* e *Historia de la globalización II*. Impulsor y participante del Grupo Fénix (grupo de economistas heterodoxos creado en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA)

Partiendo de un enfoque histórico-estructural de la economía argentina, Aldo Ferrer realizó importantes aportes para comprender el proceso de industrialización y la dinámica de los ciclos de *stop and go*. En sus trabajos señala los problemas que se presentan en el frente externo en el proceso de crecimiento industrial. Según él, desde la década del cuarenta se instaló en la Argentina un ciclo económico condicionado por la capacidad de importar, convirtiéndose la crisis crónica del balance de pagos en la dinámica típica del ciclo argentino.

Ferrer argumenta que el estrangulamiento externo del crecimiento económico originaba fluctuaciones profundas y frecuentes de la producción y el empleo y provocaba una subutilización permanente de la capacidad industrial, ya

que ésta sólo podría funcionar en condiciones de ocupación plena con un nivel de importaciones que el país no se podía permitir. Ante esas restricciones, lejos de proponer la interrupción del proceso, Ferrer pregonó siempre por la profundización de la industrialización hacia senderos que implicaran un menor requerimiento de importaciones y una mayor generación de recursos internos. Para ello resultaba fundamental la integración del aparato productivo nacional.

En los distintos espacios que ha integrado, Aldo Ferrer ha mantenido una posición opuesta a la de una economía especializada en la producción primaria y a favor del desarrollo de la industrialización y el mercado interno. Desde el Grupo Fénix, al tiempo que la convertibilidad mostraba sus contradicciones y conducía a la economía a una de las mayores crisis de su historia, Ferrer mantuvo un enfoque crítico de las recetas neoliberales. En aquel espacio, desde fines del 2000, se recomendaban medidas de emergencia como la reprogramación de la deuda externa y la reducción de sus servicios y, sobre todo, la salida de la convertibilidad, flexibilizando y sincerando la política cambiaria y regulando los movimientos de capitales. En cuanto a la reconstrucción del aparato productivo, se planteaba la expansión del mercado interno y el apoyo a la pequeña y mediana empresa.

El Grupo Fénix hacía hincapié sobre la desigual distribución de los ingresos. Para mejorarla proponía una reforma tributaria progresiva que incluyera un aumento de la presión impositiva sobre los sectores de más altos ingresos, una lucha contra la evasión y un reordenamiento eficiente del gasto público. Por otro lado, se aconsejaba diseñar un amplio seguro de desocupación y medidas de ayuda directa al conjunto de la población, y, en especial, a los que se hallaban bajo la línea de la pobreza.

Asimismo, se señalaba que un plan económico alternativo debía sustentarse en equilibrios macroeconómicos sólidos, sobre la base de la recuperación del peso y de una alta tasa de ahorro interno, un financiamiento genuino del sector público, competitividad internacional, ausencia de déficit crónico en la cuenta corriente del balance de pagos y estabilidad del nivel general de precios.

En los últimos años, Ferrer continuó exponiendo sus ideas, manteniendo siempre una coherencia en su posición, como evidencia su intervención en la Cámara de Diputados sobre el tema de las retenciones en julio de 2008. Allí, marcó la necesidad de generar una estructura integrada y diversificada, que incorpore los diversos segmentos de la producción moderna, desde la transformación de los recursos naturales hasta las industrias de tecnología de frontera, ligadas a la biotecnología, la informática y la producción de bienes de capital.

“El desarrollo del país –decía en esa intervención- requiere tener [...] una estructura de esas características, que no puede sostenerse sobre un solo sector. Por ejemplo, no puede sostenerse sólo sobre la producción de productos primarios. Tampoco hay ningún país desarrollado en el mundo que se asiente esencialmente en la transformación y renta de sus productos primarios. Países muy ricos en petróleo, cobre, minerales o recursos tropicales no salen del subdesarrollo si no

logran conformar una estructura diversificada compleja. En nuestro caso particular, la cadena agroindustrial, con todo el empleo directo e indirecto que genera, representa alrededor de un tercio del empleo de la fuerza de trabajo. Si no contamos simultáneamente con una gran base industrial no vamos a poder dar trabajo y bienestar a una población de 40 millones de habitantes. Dicho en otros términos: si no contamos con una estructura integrada, no vamos a poder tener pleno empleo y, por lo tanto, nos va a sobrar al menos la mitad de la población”.

“Vivir con lo nuestro” y el concepto de “densidad nacional” fueron dos de los muchos aportes que ha hecho Ferrer a la existencia de un pensamiento económico propio.

Mario Rapoport

## Alfredo Bruno Bologna (1937-2015)

Ante la desaparición física del doctor Alfredo Bruno Bologna, sus primeras alumnas y posteriormente colegas y compañeras de ruta en la tarea de interpretar y transmitir la evolución de los acontecimientos internacionales con una mirada argentina, queremos rendirle un sentido homenaje.

Es nuestro propósito también, referirnos a nuestras vivencias y recuerdos, en la convicción de que muchos compartirán con nosotras el significado de su legado académico y se sentirán identificados con algunos aspectos de nuestro relato.

Fue un destacado intelectual, heredero de la tradición de Puig, de quien fuera ayudante de cátedra y participante de su círculo cercano en sus años de actividad académica en la entonces Escuela de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Egresó en 1966 como Licenciado en Ciencias Políticas y Diplomáticas de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, que en aquellos momentos dependía de Universidad Nacional del Litoral. Se doctoró en Ciencias Políticas y Diplomáticas en 1975 en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, con su tesis sobre “América Latina y los Estados Unidos a través de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana. CECLA. 1969-1973”, bajo la dirección del Dr. Juan Carlos Puig.

Desde muy temprano se dedicó a la actividad docente y de investigación, las que desarrolló principalmente en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales y en el CONICET. Asimismo fue docente destacado en varias universidades del país -entre ellas la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Córdoba, la Universidad Nacional de Río Cuarto, la Universidad Nacional de Cuyo, la Universidad Nacional de Villa María-, y del exterior, principalmente Brasil. Su actividad en la promoción del conocimiento lo llevó a participar activamente en instituciones como la Asociación Argentina de Derecho Internacional (AADI), el Programa Conjunto de Relaciones Internacionales de América Latina (RIAL) y la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP)

Su continua tarea como docente e investigador dedicado a las Relaciones Internacionales y comprometido con la Cuestión Malvinas fue reconocida por diferentes entidades académicas y políticas. Entre las más recientes amerita mencionar a la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, el Centro de Estudios y Reflexión en Política Internacional (CERPI) y el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de La Plata, en 2012; la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR en el 40° Aniversario de su creación, en 2013; también recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Córdoba

en 2014, ocasión en la que impartió una conferencia sobre “La vigencia de la Teoría de la Autonomía de Juan Carlos Puig”.

Promotor y defensor de las actividades en equipo generó un grupo de estudio y reflexión primero alrededor de la cátedra de Política Internacional a partir de 1973 y luego, de modo más formalizado, a través de la presentación al CONICET del Proyecto para un modelo de Política Exterior Argentina (PROMOPEA) en 1986. Ya se habían sentado en 1985, las bases del Centro de Estudios de Relaciones Internacionales de Rosario (CERIR) , reconocido por sus importantes aportes al estudio de las relaciones internacionales y la política exterior de la Argentina. El Dr. Bologna desarrolló una actividad incansable a través de la Dirección del CERIR y de los *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, responsabilidad que continuó cumpliendo a pesar de su jubilación como Investigador Principal del CONICET y profesor titular de Política Internacional de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, de la que fuera Decano entre 1999 y 2003.

Nos ha dejado una remarcable producción científica plasmada en sus artículos publicados en revistas especializadas nacionales y extranjeras, así como en sus libros y capítulos de libros. Cabe destacar que fue el organizador y coordinador de los VI Tomos producidos por el CERIR sobre el seguimiento de la Política Exterior Argentina desde 1994, con “La política exterior del gobierno de Menem. Seguimiento y reflexiones al promediar su mandato” hasta el reciente trabajo de 2014 sobre “La política exterior de Cristina Fernández al finalizar su mandato”.

Profesor, pensador y formador en valores humanos, lo recordaremos siempre activo, luchador, generador de proyectos, con una vida entregada enteramente a la investigación en relaciones internacionales, atento tanto a los detalles más pequeños como a la generación de grandes ideas. Cumplió acabadamente la tarea del “maestro”, que no hace pan sino que reparte levadura. Por ello seguirá siempre entre nosotros.

Miryam Colacrai y Gladys Lechini

## Leonardo Jeffs Castro (1938-2015)

Quienes conocimos al profesor Jeffs Castro, recibimos con sorpresa en los primeros meses de 2015, los comentarios sobre la grave enfermedad que aquejaba a Leonardo y con no menos pena la noticia de su fallecimiento en septiembre pasado. Su presencia elegante, y sus maneras respetuosas y sin estridencias, plenas de consideración por el otro, habían hecho de él una figura honorable en el núcleo de investigadores sudamericanos de historia de las relaciones internacionales.

La profesión que abrazamos nos permite coincidir con fugaz intensidad en esos espacios que constituyen los encuentros académicos, con personas con quienes compartimos intereses e inquietudes intelectuales. Allí se forjan muchas veces amistades que enriquecen nuestra existencia con sus ideas, experiencias y ocurrencias, a la par que ayudan al desarrollo del conocimiento científico, favoreciendo los intercambios, el trabajo en equipo, los proyectos comunes. Nos asomamos entonces a una parcela limitada, pero significativa, de la vida de nuestros colegas, como compañeros de una estudiantina tardía. En octubre de 2001, Joaquín Fernandois y otros activos académicos chilenos organizaron en Santiago unas recordadas jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales, a inspiración de otras que por Argentina y Brasil ya contaban con decididos seguidores. Muchos argentinos conocimos allí a Leonardo, que con presteza se unió al grupo de 21 “profesores de Universidades del Cono Sur”, como reza el acta fundacional, que dieron en impulsar, más como señal de pertenencia, como propuesta de acción, como programa de trabajo que como institución burocrática, una Asociación Latinoamericana de Historia de las Relaciones Internacionales. Participaron de aquel propósito común los chilenos Raúl Bernal-Meza, José Del Pozo, Eduardo Devés, Fernandois, Sergio González y Jeffs, los brasileños Sandra y Braz Brancato, Fernando Camargo, Amado Cervo y Tau Golin, y los argentinos y argentinas Cristián Buchrucker, Beatriz Figallo, Edmundo Heredia, Ignacio Klich, Lidia Knecher, Pablo Lacoste, Andrés Musacchio, Delia Otero, Mario Rapoport e Isabel Stanganelli. Con parejo entusiasmo, acudimos a la generosa invitación de Leonardo cuando en 2003 se lanzó a organizar sus propias jornadas chilenas de Historia de las Relaciones Internacionales en Viña del Mar, con vocación inclusiva y en la amistosa confraternidad que produce nuestra identidad regional, con perfiles diferenciados pero con similitudes que nos acercan en la simpatía del descubrimiento mutuo. Periódicamente nos volvíamos a ver, no sólo en el complejo universitario de Viña del Mar-Valparaíso, donde llegó a ser director del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Instituto de Historia y Ciencias Sociales, de la Facultad de Humanidades, UV, así como de su *Revista de Estudios Latinoamericanos*, y desde donde con voluntad, esfuerzo y ganas solía renovar

las convocatorias, en los congresos argentino-chilenos de estudios históricos e integración cultural, como el que compartimos en Salta en 2007, o en las nuevas ediciones de las tradicionales jornadas que la Asociación Argentina de Historia de las Relaciones Internacionales (AAHRI) lideradas por Rapoport, organizó en el IIHES de Buenos Aires.

Circunstancias reveladoras para dimensionar mucho más sus empeños y su personalidad, se dieron para mí en dos ocasiones. En octubre de 2011, Leonardo asistió a las II Jornadas sobre “Catolicismo y sociedad de masas en la Argentina del siglo XX”, realizadas en la Universidad Católica Argentina en Buenos Aires, donde presentó un trabajo sobre “La protesta clerical en el Arzobispado de Mendoza (1965-1966)”, tema de investigación que antes y después siguió desarrollando en diversos foros, allí exploraba los nexos producidos durante el conflicto en la provincia cuyana con la Iglesia de Chile. Siendo lo religioso un elemento que vincula sociedades, pueblos y estados, podía considerarse una deriva ingeniosa, pero muy real, de su inclinación por cultivar la historia de las relaciones internacionales e interamericanas. Sin embargo, era también parte de la experiencia vital de Leonardo. Él mismo había sido protagonista de una experiencia de los tiempos recientes, que ya está en los libros de historia. Formado teológica y doctrinalmente en la fe católica y consustanciado con los postulados del Concilio Vaticano II, autodefinido como un cristiano que había adherido al socialismo, en agosto de 1968, participó junto con doscientos laicos y sacerdotes -algunos de ellos jesuitas- en la toma de la Catedral de Santiago, erigiéndose luego como presidente del progresista movimiento Iglesia Joven. Bajo la consigna “Por una Iglesia junto al pueblo y su lucha”, el objetivo del grupo era manifestar el malestar por la conducción de la Iglesia chilena. Allí se concelebró la Eucaristía, mientras también los hermanos Ángel e Isabel Parra, identificados con la izquierda marxista, como define Jeffs, interpretaron en el recinto sagrado el “Oratorio para el Pueblo”. En una carta pública que escribió en 2008, rechazando reconstrucciones que consideraba inexactas e incluso injuriosas de algunos historiadores se preguntaba Leonardo: “¿La crítica es algo que está vedado al pueblo creyente? ¿Acaso no lo hizo Pablo respecto de Pedro en los inicios de la Iglesia?”. Y respondiendo a las censuras por la colocación de lienzos con las figuras del cura Camilo Torres y de Ernesto “Che” Guevara al interior de la Catedral, apelaba a la existencia “de una antigua doctrina en la Iglesia que plantea que la violencia se justifica cuando existe una tiranía evidente y prolongada, que se ha hecho todo lo posible por las vías pacíficas para ponerle fin, y, por último, si se tiene un cierto grado de certeza de lograrlo. Ese planteamiento lo reforzó, en 1967 Paulo VI en su Encíclica *Populorum Progressio* y la jerarquía católica en Nicaragua para poner término a la dictadura somocista, la que abrió paso a la Revolución en dicho país”, asumiendo que “en los 60 y en los 70 muchos jóvenes cristianos admirábamos la entrega y el espíritu de sacrificio, con su disposición a dar la vida por los demás”.

Establecido con su esposa e hijos en Antofagasta, comenzó a trabajar en la Universidad del Norte, desde donde comenzaron sus frecuentes viajes a Bolivia y su

decisión de conformar en aquella ciudad un Instituto Chileno-Boliviano de Cultura. Después del golpe del 11 de septiembre de 1973 se radicó en Santiago. Sus amigos recuerdan que durante la dictadura de Pinochet fue un valiente defensor de los derechos humanos, asilando perseguidos en su hogar familiar, realizando huelgas de hambre, actuando en entidades gremiales. No conocimos en Leonardo ningún alarde, pues tenía la sencillez del mandato evangélico: “que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha”. Mientras, emprendía el camino de la profundización de sus saberes universitarios en historia, indagaba sobre las fuentes del pensamiento latinoamericanista a través de la personalidad de Víctor Raúl Haya de la Torre, del APRA (Acción Popular Revolucionaria Americana) y de la integración latinoamericana, se reintegraba al trabajo académico en el Instituto Profesional de Estudios Superiores “Blas Cañas”, luego Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, siendo animador de innumerables seminarios y de la reactivación del Instituto Chileno-Boliviano de Cultura de Santiago, fundado en 1937.

En julio de 2013, Leonardo volvió a Buenos Aires para participar de un congreso -¡una vez más!, disfrutando además del teatro, de las librerías, de los cafés, del tango, desde la avenida Callao, Córdoba o Santa Fe a la calle Corrientes- y aproveché para invitarlo a disertar en el Doctorado en Historia de la Universidad del Salvador. Entonces se refirió al papel pacificador jugado por los países de la región durante la Guerra del Chaco, otro de los grandes temas de su interés. Era ello parte de la investigación con la que había obtenido el grado de doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile, y que ya había generado importantes contribuciones suyas en forma de ponencias y artículos, que principió con el estudio que dedicó en 1995 a *Aguiles Vergara Vicuña: perfil biográfico de un hombre íntegro*, el militar que participó en la guerra del lado boliviano, a la vez escritor que en 1936 planteó que Arica fuera entregada a Bolivia, y siguió con trabajos como los publicados en Talca en 2004, “Combatientes e instructores militares chilenos en la Guerra del Chaco”, o en Iquique ese mismo año: “Logros, frustraciones y desafíos en la historia de las relaciones chileno-bolivianas, desde la firma del Tratado de 1904 hasta nuestros días”, en el libro *Bolivia y Chile: propuestas de integración para el siglo XXI* (editado por Marcela Tapia Ladino) o en Santiago en 2008 sobre “Las relaciones chileno-paraguayas durante la Guerra del Chaco (1932-1935)”. Leonardo ahondó en las distintas razones que tuvieron aquellos chilenos que, impensadamente, lucharon por Bolivia en la guerra, historiando el período de acercamiento hacia los gobiernos de La Paz que protagonizaron posteriormente los gobiernos de González Videla e Ibáñez del Campo. En aquella estancia me dedicó -“con mucho aprecio y en recuerdo de mi visita”- su obra *Encuentros y desencuentros: Chile y Bolivia, 1928-1938*, Santiago, Ediciones Peña Andina, 2005, que refleja las experiencias de sus tantos viajes a La Paz, Santa Cruz de la Sierra y el resto de la geografía boliviana, sus aproximaciones con intelectuales y agrupaciones culturales, y reflexiona sobre el origen de las desconfianzas que han impedido solucionar el contencioso que enfrenta a Chile con Bolivia, recorriendo los

principales hitos de la demanda marítima boliviana. En diciembre de 2014 apareció en la edición chilena de *Le Monde Diplomatique* su artículo “Un acercamiento al entendimiento. Aportes bolivianos a Chile”, texto que era una síntesis de un prometido libro que se encontraba escribiendo: *Bolivia para chilenos y chilenos. Un aporte para la superación de la ignorancia y los prejuicios*, en donde se esforzó por mostrar aspectos menos conocidos de las relaciones entre ambos países, del mundo intelectual, artístico, espiritual, cultural y deportivo, y que se sobreponen al plano diplomático.

Leonardo mantuvo la energía de sus convicciones hasta el final: nacido de su impulso y en las vísperas de la visita papal a Bolivia, tuvo lugar en la Universidad Católica Argentina con el respaldo de su rector el arzobispo Víctor Manuel Fernández, muy cercano al pontífice de origen argentino, la reunión de un grupo de intelectuales con el objetivo de proponer vías de integración en el Cono Sur. Los responsables y los participantes de aquel foro porteño coincidieron en señalar que la iniciativa, de la que participaron académicos chilenos, bolivianos, peruanos y argentinos, pretendía ubicarse más allá de la urgencia de los planteos interpuestos ante la Corte Internacional de Justicia en La Haya, para situarlos en el largo plazo y en el espíritu de la cultura del diálogo que inspira el papa Francisco. Aún sabiendo de la impopularidad de su posición en su propio país, Leonardo proponía la mediación del ex presidente uruguayo José Mujica, a través de la UNASUR, para encontrar una solución de consenso que favoreciera el reencuentro de Bolivia con el mar, fortaleciendo así la unidad latinoamericana. Es posible escuchar por internet el audio de su voz, serena y firme pero por momentos quebrada, argumentando a favor de alentar un diálogo que considerara una salida soberana al mar para Bolivia en una entrevista que le hiciera Radio Cooperativa de Chile el 25 de mayo de 2015. Ello era continuidad de lo acordado ya en un anterior seminario de reflexión al que fue especialmente invitado Jeffs, y que tuvo lugar por la convocatoria de la Universidad Católica de Lovaina en 2006, donde otros tantos académicos de Bolivia, Chile y Perú habían planteado opciones novedosas para resolver la mediterraneidad boliviana.

Sin duda que sus tantos alumnos como sus amigos y colegas de Chile y Bolivia lo podrán rememorar con más riqueza testimonial, pero atesoro como uno de mis más entrañables recuerdos, el de una cálida mañana cuando estaba revisando en soledad documentos diplomáticos en un escritorio del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Paraguay, en Asunción, y se abrió la puerta, e inesperadamente, apareció tras un agotador viaje en colectivo, Leonardo Jeffs, quien llegaba junto con el profesor Claudio Tapia, unos de sus discípulos dilectos, a investigar en aquellos esquivos fondos.

Beatriz Figallo